

Eduard von Hartmann

Filosofía de lo inconsciente

Selección de textos

Introducción, traducción y notas

de Manuel Pérez Cornejo

Prólogo de Carlos Javier González Serrano



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Philosophie des Unbewussten*
Traducción de Manuel Pérez Cornejo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Paul (Hypolitte) Delaroche: *La ejecución de Lady Jane Grey* (detalle), 1833. Óleo sobre lienzo (National Gallery, Londres). © ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la introducción, traducción y notas: Manuel Pérez Cornejo, 2022
© del prólogo: Carlos Javier González Serrano, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-750-2
Depósito legal: M. 3.114-2022
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Prólogo. «¿Qué cabría esperar?» Un elogio del pesimismo, por Carlos Javier González Serrano
- 29 Introducción. Eduard von Hartmann: el luchador por lo inconsciente, por Manuel Pérez Cornejo, *Viator*
- 29 I. Ascenso y caída de Eduard von Hartmann, el «Bismarck del pensamiento»
- 36 II. Oficial y filósofo
- 43 III. La *Filosofía de lo inconsciente*
- 43 1. Construcción de la «pirámide metafísica» de lo inconsciente
- 57 2. Materia, espíritu y conciencia
- 61 3. La meta del proceso cósmico: la emancipación de la conciencia
- 65 4. El mejor de los mundos posibles... produce el mayor desengaño
- 94 IV. Mainländer *vs.* Hartmann
- 101 V. Eduard von Hartmann *vs.* Nietzsche
- 110 VI. La recepción de la filosofía de Eduard von Hartmann en España y Portugal
- 110 1. Hartmann, un filósofo para «adeptos»
- 113 2. La recepción de la *Filosofía de lo inconsciente*
- 117 3. La recepción de la filosofía de la religión hartmanniana
- 120 4. La recepción de la estética hartmanniana
- 126 5. Hartmann y la polémica del espiritismo

| | |
|-----|--|
| 136 | 6. La recepción de la filosofía de Eduard von Hartmann en Portugal |
| 149 | Bibliografía |

Filosofía de lo inconsciente (*selección de textos*)

| | |
|-----|--|
| 161 | Prólogo |
| 161 | I. Mi relación con las filosofías anteriores |
| 167 | II. Mis escritos, en su conjunto |

PRIMERA PARTE

FENOMENOLOGÍA DE LO INCONSCIENTE

| | |
|-----|---|
| 171 | Introducción |
| 171 | I. Consideraciones previas generales |
| 171 | 1. Tarea de la obra |
| 175 | 2. Método de investigación y forma de exposición |
| 181 | 3. Precusores en relación con el concepto de lo inconsciente |
| 182 | II. ¿Cómo llegamos a la aceptación de fines en la naturaleza? |
| 194 | 1. La manifestación de lo inconsciente en el ámbito corporal |
| 194 | I. La voluntad inconsciente en las funciones de la médula espinal autónoma y los ganglios |
| 203 | II. La representación inconsciente en la ejecución del movimiento voluntario |
| 210 | III. Lo inconsciente en el instinto |
| 223 | IV. La conexión entre voluntad y representación |
| 230 | V. Lo inconsciente en las acciones reflejas |
| 233 | VI. Lo inconsciente en el poder curativo natural |
| 236 | VII. Lo inconsciente en la formación orgánica |

Índice

| | |
|-----|--|
| 242 | 2. Lo inconsciente en el espíritu humano |
| 242 | I. El instinto en el espíritu humano |
| 245 | II. Lo inconsciente en el amor sexual |
| 266 | III. Lo inconsciente en el sentimiento |
| 271 | IV. Lo inconsciente en el carácter y la eticidad |
| 281 | V. Lo inconsciente en el juicio estético y en la producción artística |
| 305 | VI. Lo inconsciente en el surgimiento del lenguaje |
| 307 | VII. Lo inconsciente en el pensamiento |
| 321 | VIII. Lo inconsciente en el surgimiento de la percepción sensible |
| 333 | IX. Lo inconsciente en la mística |
| 349 | X. Lo inconsciente en la historia |
| 361 | XI. Valor de lo inconsciente y la conciencia para la vida humana |
| 368 | XII. Organismo y alma |

SEGUNDA PARTE METAFÍSICA DE LO INCONSCIENTE

| | |
|-----|---|
| 373 | 3. Metafísica de lo inconsciente |
| 373 | I. Diferencia entre la actividad espiritual consciente e inconsciente. Unión entre voluntad y representación en lo inconsciente |
| 385 | II. El cerebro y los ganglios, como condiciones de la conciencia animal |
| 391 | III. El surgimiento de la conciencia |
| 391 | 1. Cómo se llega a ser consciente de la representación |
| 401 | 2. Cómo se llega a ser consciente del displacer y del placer |
| 402 | 3. La inconsciencia de la voluntad |
| 409 | 4. La conciencia no tiene grados |

- 416 5. La unidad de la conciencia
- 418 IV. Lo inconsciente y la conciencia en el reino vegetal
- 419 1. La actividad anímica inconsciente de las plantas
- 423 2. La conciencia en las plantas
- 431 V. La materia como voluntad y representación
- 451 VI. El concepto de individualidad
- 457 VII. La unidad total de lo inconsciente
- 472 VIII. Lo inconsciente y el Dios del teísmo
- 497 IX. La omnisciencia de lo inconsciente y el mejor de los mundos posibles
- 510 X. La irracionalidad del querer y la miseria de la existencia
- 510 A. Orientación sobre la tarea a realizar
- 523 B. Primer estadio de la ilusión. En el que se cree que la felicidad puede conseguirse en el nivel del desarrollo actualmente alcanzado por el mundo, y por tanto se piensa que el individuo puede lograrla en la presente vida terrenal
- 523 1. Crítica de la teoría schopenhaueriana de la negatividad del placer
- 532 2. Salud, juventud, libertad y subsistencia asegurada, como condiciones del punto cero de la sensación. Satisfacción que todo ello produce
- 538 3. Hambre y amor
- 554 4. Compasión, amistad y felicidad familiar
- 564 5. Vanidad, reputación, ambición, sed de gloria y afán de poder
- 573 6. Devoción religiosa
- 576 7. Inmoralidad
- 578 8. Los placeres del arte y de la ciencia
- 585 9. Dormir y soñar
- 588 10. Afán de lucro y deseo de comodidad

Índice

| | |
|-----|---|
| 591 | 11. Envidia, resentimiento, enojo, dolor y aflicción por el pasado, arrepentimiento, odio, deseo de venganza, ira, susceptibilidad |
| 591 | 12. Esperanza |
| 594 | 13. Resumen del primer estadio de la ilusión |
| 601 | C. Segundo estadio de la ilusión. En el que se piensa que el individuo puede alcanzar la felicidad en una vida trascendente, después de la muerte |
| 617 | D. Tercer estadio de la ilusión. En el que se piensa que la felicidad reside en el futuro del proceso cósmico |
| 645 | XI. La meta del proceso cósmico y el significado de la conciencia (Tránsito a la filosofía práctica) |
| 670 | XII. Los últimos principios |
| 676 | 1. Mirada retrospectiva a las filosofías anteriores |
| 676 | 2. La voluntad |
| 693 | 3. La representación o idea |
| 707 | 4. La sustancia idéntica de ambos atributos |
| 717 | 5. La posibilidad del conocimiento metafísico |

Prólogo

«¿Qué cabría esperar?»

Un elogio del pesimismo

Por primera vez en español, gracias a la encomiable labor de Alianza Editorial y al incansable y honroso trabajo del estudioso y profesor Manuel Pérez Cornejo, se pone a disposición de los lectores de habla hispana una de las obras más relevantes –y a la vez menos atendida en nuestros días– del siglo XIX, publicada en 1869: la *Filosofía de lo inconsciente* del filósofo pesimista Eduard von Hartmann (1842-1906). Un libro que, en su momento, cosechó tan apabullante éxito que permitió a su autor poder vivir de las rentas que las ventas del mismo le procuraron hasta su muerte, lo que le valió para poder dedicar su existencia al estudio y redacción de numerosos títulos que, aún hoy, siguen siendo desconocidos para el lector hispanohablante.

Por eso, la publicación de este volumen supone un hito inigualable, del todo extraordinario, en el contexto filosófico y humanístico. Gracias a él, estamos más cerca de entender el espíritu de algunos autores que, siguiendo (y en algunos casos cuestionando) la estela teórica del maestro Arthur Schopenhauer (1788-1860), se propusieron entender el funcionamiento de nuestro mundo a partir de premisas pe-

simistas. Un pesimismo que, quizá y contrariamente a lo que se piensa comúnmente, no entrega sus armas ni se rinde ante la adversidad, sino que resulta, en su desarrollo, tan lúcido como necesario y revolucionario.

Quien asegura que corren tiempos terribles y aciagos es porque, quizá, no se haya parado a pensar en el desarrollo histórico humano, repleto de infortunios de todo tipo, plagas y epidemias, guerras y catástrofes naturales. Precisamente, todo libro de autoayuda parte de la pretenciosa idea de que el mundo, y uno mismo, puede (y debe) mejorar. Nos vemos avasallados por toda una literatura que intenta hacer del mundo un lugar más agradable cuando, a la vista de la realidad, todo parece sugerirnos lo contrario: no existe posibilidad de progreso. Ya lo dijeron los antiguos latinos, y Schopenhauer lo ratificó: *eadem, sed aliter*; todo es siempre igual, todo es siempre lo mismo, aunque se dé de diferente manera y cambien los protagonistas. En paralelo a la fiebre de la autoayuda y al auge de la psicología positiva, se desprecian con demasiada facilidad las bonanzas de un saludable pesimismo que, lejos de lo que suele mantenerse, no nos aboca a un escenario apocalíptico o a sostener una actitud de rendición o, más aún, un talante depresivo u oscuro. Más bien, un pesimismo correcta y cabalmente entendido ayuda a asentarnos en nuestro ahora, en nuestra circunstancia, y, lejos de esperar ingenuamente que las cosas mejoren por sí mismas, se sitúa críticamente ante el escenario humano para pensarlo y rebelarse contra las crueldades que contiene, por mucho que parezcan irrefrenables e inevitables: la invitación de cierto pesimismo, el que aquí nos interesa, es, pues, la de aspirar a conquistar un mundo más habitable, consciente siempre de sus limitaciones, adversidades y dolores internos.

He aquí la originalidad del planteamiento de Eduard von Hartmann y de su *Filosofía de lo inconsciente*. Von Hart-

mann presenta uno de los talentos más pesimistas de cuantos continuaron las reflexiones de Schopenhauer para aumentarlas o corregirlas, pero no por ello exento, paradójicamente, de una salutífera esperanza. Su pesimismo nos resitúa en nuestra circunstancia, la cuestiona y reinterpretar, al contrario del optimismo tan en boga en nuestros días, que nos invita a aceptar un remedo edulcorado de la realidad para, desde él y con él, conducirnos hacia un presunto mundo mejor en lo personal y en lo social. Mientras el optimismo se mueve en la bifurcación moral bien/mal, el pesimismo aletea fuerte sus alas y propugna una sana rebelión contra lo establecido (sobre todo contra las convenciones morales) y nos convierte en una Sylvia Plath cuando, en su bello poema «Olmo» (perteneciente a su poemario *Ariel*), aseguraba que «Me aterroriza el algo oscuro / que duerme en mi interior». La autora de Boston se refería a un indescriptible resto, a un algo oscuro (*this dark thing*) de la existencia que nos asombra por su carnalidad, por su patencia y evidencia, pero que, a la vez, no nos deja desvalidos, sino que, al contrario, nos ayuda a comprometernos crítica y hondamente con la realidad, de manera que podamos –y nos veamos obligados a– repensarla y reexpresarla en términos entendibles a las vicisitudes de nuestro presente. El pesimismo filosófico, dejando ahora a un lado las tristes circunstancias en que Plath terminó su vida, responde con un gran sí a ese «resto oscuro» que parece sobrevolar toda existencia y decide estudiarlo sin renunciar nunca a él y, lo que es más importante, sin renegar de su innegable influjo en el devenir de cuanto ocurre.

Por ello es tan urgente un estudio filosófico, literario y antropológico dedicado al porqué del pesimismo y de su utilidad en la actualidad, en tiempos del imperativo de la felicidad. La existencia del mal y el asombro ante él, ante la conciencia del mal propio y del ajeno, es un problema arraigado en la naturaleza del ser humano. Tal fue para Scho-

penhauer el motor de la filosofía: la abismal e irrefutable existencia del mal. Aquellos libros de autoayuda, de los que cualquier librería está *plagada*, parecen albergar un tan extraño como llamativo afán por negar el dolor, por ocultar nuestra condición en ocasiones desgraciada y desamparada, mientras afirman que siempre se puede mejorar, al abrigo de una inocente sospecha de que una suerte de benévola providencia vela por nosotros y por la satisfacción de nuestros deseos. Ni la historia de la filosofía en su generalidad, ni así, tampoco, la de la literatura, ha procedido de este modo. Desde muy pronto, ambas disciplinas se convirtieron en un modo de transitar y, más incluso, de aceptar, nuestra condición doliente, en tanto que ambas se interpretaron como un continuo aprendizaje en el complejo y enrevesado camino que conduce del nacimiento hasta la muerte. Ninguna filosofía, ni siquiera las de signo más optimista (por ejemplo, la vía de Leibniz y su creencia en el mejor de los mundos posibles), ha prescindido de la premisa de que la felicidad, ese constructo tan escurridizo, se obtenga sin esfuerzo o fácilmente. Dos referencias son suficientes en este punto: el *kein Sieg ohne Kampf* («no hay victoria sin lucha») de Arthur Schopenhauer, lema de su pensamiento y regidor del funcionamiento de la naturaleza, y la bella e inolvidable expresión de Fernando Pessoa en la que aseguraba, en su *Libro del desasosiego*, que «Si el corazón pensara, se pararía».

Vivimos en y sobre una falta de suelo, de fundamento sólido, y únicamente a través de la libre asunción de la existencia del mal y de nuestra condición de náufragos en un inhóspito y vasto océano, junto a la firme conciencia de la desgracia propia y ajena, podemos alcanzar una existencia libre de engaños, cabal y responsable. Pues la libertad sólo la constituyen el ahínco y, al fin, la convicción de vivir con las botas enfangadas en plena y zozobranante incertidumbre.

De ahí la pregunta que en esta *Filosofía de lo inconsciente* se hace, y que nos lanza sin anestesia, Eduard von Hartmann, inmerso en el seno del más rotundo pesimismo: «¿Qué cabría esperar?». Este filósofo fue, sin duda, el más conocido en el entorno pesimista del siglo XIX, una época que sintió con singular denuedo el llamado *Weltschmerz* o dolor del mundo, y su libro fue ampliamente comentado y criticado en los círculos literarios de aquel entonces. La obra que el lector tiene en sus manos contiene una contundente defensa, científica podríamos decir –por el método que el autor desarrolla en ella–, del pesimismo y de las conclusiones a las que este llega. La particularidad de dicho pesimismo es que, a pesar de declarar la bancarrota del optimismo más dulzón, no se priva de combinarlo con la posibilidad de un recatado talante esperanzado en el progreso cultural de la humanidad. Y es tal combinación la que hace tan reseñable, actual y atractiva la figura de Eduard von Hartmann.

Pero ¿cómo, a la vista de este mundo repleto de dolor y sufrimiento, podemos dar cabida a la esperanza, esa «flor azul» de la que nos habló el poeta Novalis? Von Hartmann sostuvo que, incluso en el caso de que no logremos alcanzar la felicidad en esta vida, sí podemos, a través de un constante aplomo y esfuerzo, crear un mundo moral y culturalmente mejor. Una intención que levantó ampollas en los círculos más celosamente schopenhauerianos, hasta el punto de que se llegó a catalogar a Eduard von Hartmann como un falsario seguidor de Schopenhauer que había malinterpretado los dictados del maestro de Danzig. Alejado de lo que este había defendido en *El mundo como voluntad y representación*, esto es, la quiebra de los ideales cosmopolitas e ilustrados (de raigambre netamente kantiana), nuestro autor mantiene una arraigada fe en una visión orgánica del mundo, cuyo funcionamiento podríamos desentrañar a tra-

vés de un novedoso método empírico-deductivo que dejara atrás los caminos apriorísticos del teísmo y consiguiera, así, hacerse cargo de la meta hacia la que se encamina la humanidad.

Ampliando con originalidad el trabajo de Schopenhauer sobre el inconsciente, y adelantándose a Freud o Jung, Von Hartmann pone su punto de mira en la noción de inconsciente. Dedicó todas sus energías a demostrar, apoyándose en los avances de las ciencias naturales, la existencia de una fuerza inconsciente que se manifiesta en cuanto nos rodea. Todo en nosotros (instintos, sociabilidad, el amor sexual, los nervios o los movimientos reflejos), así como todo en el universo (desplazamientos planetarios, gravedad, surgimiento y muerte de las estrellas, etc.), apunta al despliegue de un impulso primigenio. A su sistema lo llamó «monismo espiritualista» o, incluso, panteísmo, y su meollo consistiría en la investigación de la puesta en marcha y posterior desarrollo de ese empuje inconsciente que, llegado el caso, nos permitiría rastrear un propósito final en la naturaleza.

Una hipótesis, examinada mediante multitud de ejemplos que el lector encontrará en el despliegue del libro, que aleja definitivamente a Eduard von Hartmann de Schopenhauer... y que lo acerca a Hegel. El Buda de Frankfurt había negado con vehemencia cualquier teleología de carácter general, más allá de la procurada por el impulso de la cosa en sí, la voluntad, que alienta a todo ser a mantenerse en la existencia, a pesar de todo y de todos. Pero, para Von Hartmann, lo inconsciente ha de encerrar no sólo un carácter volitivo, sino también una intención. Voluntad y representación quedaban de este modo unidas en el sistema de nuestro pensador. Una voluntad sólo cobra verdadero sentido si se le puede atribuir un propósito o un fin. En definitiva, si se le puede adscribir una inteligencia. Es por eso, decimos, que en este punto Eduard von Hartmann mantie-

ne algunas de las premisas idealistas en términos hegelianos. Su panteísmo espiritualista sostiene la existencia de una inteligencia patente (y rastreable) a lo largo y ancho del mundo, por mucho que sus propósitos queden enmarcados bajo el concepto de lo inconsciente. Frente al ateísmo o el teísmo, este peculiar panteísmo espiritualista excluye cualquier atisbo de elemento trascendente y pretende fundar, digamos, una nueva religión humanista: la que se extrae de su pesimismo.

Ser conscientes del propio mal es comenzar a ser conscientes de nuestra realidad. Sin reflexionar sobre el mal, sobre el sufrimiento, sobre los males de nuestro tiempo, nos resulta imposible cambiar las cosas. O, al menos, preguntarnos si podemos cambiarlas. El optimismo tiende a dejar todo en su sitio, es un eficaz mecanismo de pensamiento que nos vuelve estáticos, que nos deja inermes: todo es tan bueno (o tan malo) como puede ser. Al revés, el pesimismo y su ejercicio es revolucionario: nos hace ver qué va mal y analiza qué puede cambiarse, permite comprobar e investigar aquellas estructuras –biológicas, sociológicas, políticas o antropológicas– que hacen que el sufrimiento continúe su camino libremente. El pesimismo nos invita permanentemente a pensar y, sobre todo, a pensarnos.

He aquí la raíz del humanismo pesimista de Eduard von Hartmann. En el pesimismo, sostendrá, se encuentra la raíz del pensamiento, de la religión y de la más genuina filosofía. Esto ya se deja ver en uno de los más importantes textos sapienciales de la Biblia, el libro de Job, en el que el mismísimo Yahvé es tentado por el diablo para probar a su más leal siervo, Job, que se ve cuestionado por sus amigos más cercanos. O en el Eclesiastés, uno de los más hermosos textos de la literatura, que nos hace ver el mundo como un valle de lágrimas. La gran pregunta que ambos libros nos legaron es: ¿qué es el mal y por qué se da?, y, más allá, ¿qué sentido

encierra el mal? El pesimismo no nos abandona nunca: ser pesimista no es rendirse ante el mundo, sino hacerlo presente para pensarlo sin excusas y observarlo con ojos críticos o, como decía Ortega, con «los ojos en pasmo», en constante asombro.

Visto así, el pesimismo puede ser el comienzo de una genuina revolución. Hasta bien entrado el siglo XVIII, salvo algunas honrosas y muy contadas excepciones, y bajo el dominio del influjo teológico occidental, se pensaba que el mundo era como debía ser; Dios se esconde tras todo acto y, en este sentido, todo guarda un recóndito significado que desconocemos y que debemos aceptar. El pensamiento teológico, del que se deriva el pensamiento positivo de nuestros días (aclamado y sostenido por el más voraz neoliberalismo), se conforma en términos metafísicos: el mundo encuentra su justificación en su propio ser, y no sólo nada podemos hacer por modificar sus cimientos, sino que también *debemos* hallar una explicación para mantener esa misma justificación. A nadie se le escapará que, desde luego, este teísmo emocional, que aboca al más destructivo optimismo, tiende a perpetuar la existencia de ciertas estructuras que impiden el cambio o, más peligroso aún, la posibilidad de pensar en el cambio. Pero cabe preguntarse (y así lo hacían los pensadores de aquel turbulento final del siglo XVIII): si Dios es bueno, ¿puede querer nuestro mal? Pues es un hecho que el mal existe. El pesimismo cuestiona, ya desde Voltaire en su breve novela *Cándido*, ese trono divino. No por esperar que todo vaya a salir bien crearemos un mundo mejor. Todo lo contrario. El mundo, lo queramos o no, es como es, y tenemos que pensarlo como es. No para justificarlo, como hace el optimismo, sino para atreverse a cuestionarlo desde sus mismísimas bases.

El pesimismo no llama a la rebelión, pero sí a la revolución intelectual: vivimos invadidos por un meloso y muy

peligroso imperativo de felicidad, rodeados de invasivos mensajes que nos hacen creer que hemos nacido para ser felices. Ya lo dijo Schopenhauer: nuestro mayor error es pensar que hemos nacido para ser dichosos. Y así lo vemos, más que nunca, en nuestros días: toda estrategia de mercadotecnia se dirige a la deliberada creación de seres humanos muy poco humanos, escasamente preparados para sufrir; se señala, condena y patologiza todo lo que tiene que ver con el dolor y el sufrimiento, cuando la insoslayable realidad es que todos acusamos pérdidas, rompemos con nuestra pareja, tenemos crisis con los amigos o en el trabajo; y, sin embargo, nos han lanzado hacia la despiadada construcción de una sociedad medicalizada y torturada porque no sabe, porque ha olvidado, que en el meollo de la existencia también se encuentra de manera incontrovertible el sufrimiento. El pesimismo de Eduard von Hartmann no dice que tengamos que sufrir, sino que debemos estar preparados para hacerlo. En este sentido, el pesimista es un revolucionario: no quiere dejar el mundo como es, pero tampoco crea falsas expectativas. Nos sitúa en él como privilegiados y muy realistas espectadores.

El más antiguo texto que se conoce sobre el mal data del siglo XXI a. C., un texto egipcio en el que un individuo desorientado, al que le pesa su existencia, dialoga consigo mismo, con el título de *Diálogo de un desesperado con su alma*. Desde tiempos inmemoriales, la filosofía se ha planteado la existencia del mal como un hecho. No podemos eludir la constatación de que existen el dolor, la mentira, la traición, el sufrimiento. Como reflexión sobre la existencia humana, la filosofía no puede permitirse pasar por alto estas circunstancias, todas tan humanas y que, además, nos humanizan. Lejos de lo que nos invitan a pensar, y sin que ello suponga apología alguna del dolor, lo cierto es que el sufrimiento nos hermana, nos acerca y crea empatía. Crea una

nueva sociabilidad fundada, precisamente, en el pesimismo. En un pesimismo de raigambre humanista en el caso de Eduard von Hartmann. No sólo porque todos estamos expuestos al sufrimiento, sino porque crea lazos de unión entre seres que están condenados a luchar entre ellos para obtener un puesto de trabajo, para encontrar un sentido a su vida, etc. Por eso, en general, el pesimismo siempre ha defendido que la manera más sensata de encarar la realidad es la de permanecer precavidos frente al continuo e inevitable asedio de desgracias. Ahora bien: el pesimismo no defiende que tengamos que vivir apesadumbrados o desesperados, sino que resulta ingenuo pasar por alto el hecho del mal.

Como ya se ha dicho, Eduard von Hartmann asegura que, incluso en el caso de que no podamos llegar a ser felices en términos individuales, sí podemos alcanzar la dignidad de encontrar un valor inaudito en el hecho de contribuir al progreso cultural y al mejoramiento moral de la humanidad. Y ello no porque vayamos a recibir un puesto privilegiado en un más allá, o porque la moralidad vaya a recibir justa recompensa en este mundo (ya Sade mostró lo vacío de este fariseo empeño), ya que estas creencias apelan tan sólo al egoísmo personal, sino porque Von Hartmann cree ciegamente en que el mejoramiento de uno mismo puede contribuir a la creación de un mundo más plenamente humano. De ahí que haya quien ha catalogado el pensamiento de Von Hartmann como un «pesimismo eudemónico», lo que, en principio, podría parecer una contradicción en los términos.

Eduard von Hartmann acepta el monismo de Schopenhauer: una es la voluntad, uno el impulso primigenio del mundo. Pero no acepta, en cambio, las conclusiones prácticas del maestro, que desembocan en la negación del mundo y, finalmente, en el ascetismo. Para poder eludir el quietismo schopenhaueriano, heredado nada menos que de un es-

pañol, Miguel de Molinos, Von Hartmann nos insta a considerar el mundo en su aspecto más dinámico y teleológico, no como algo que ya existe de una vez para siempre de una determinada manera, sino como (y he aquí su hegelianismo) un proceso siempre en construcción y en gradual desarrollo histórico. Es responsabilidad, pues, de cada individuo, participar activamente en dicho desarrollo. Nuestras acciones pueden tener un efecto determinante en el mundo, y aquí se encuentra la forja de nuestra dignidad.

Los argumentos que Schopenhauer esgrimió para referirse a la omnipresencia del sufrimiento, del dolor y, en definitiva, de la iniquidad de este mundo le parecen a Von Hartmann correctos. Sin embargo, las consecuencias que de ese pesimismo exacerbado extrajo el viejo maestro poco pueden contribuir a hacer dicho mundo más llevadero. Como el lector comprobará con la lectura de este volumen, sobre todo en su parte final, los presupuestos de Von Hartmann, aun cuando también resultan ser pesimistas y denuncian las calamidades del mundo, culminan en un esperanzado pesimismo que deja en nuestra mano la posibilidad de contribuir, o no, a la connatural desdicha de los seres humanos. La solución schopenhaueriana, el ascetismo, puede parecer muy loable, pero sólo repercute en una persona, en quien ha sido capaz de negar la voluntad; mas ¿qué ocurre con el resto de la humanidad? Sigue, sin remedio, su duro camino por este valle de lágrimas.

La «solución» que Von Hartmann plantea es la de intervenir activamente en ese proceso histórico de construcción en el que todos, sin excepción, estamos envueltos. Si el pesimismo más acendrado asegura que es imposible huir del connatural sufrimiento asido a la naturaleza de todo ser viviente, el esperanzado pesimismo de Von Hartmann aduce que existe un camino no tanto de superación individual como de común redención, y es, precisamente, el de contri-

buir a paliar ese sufrimiento mediante una progresiva perfección moral individual que, al final, se traduzca en una nada desdeñable meta común: la de mitigar el dolor y promover la cultura y el ahínco por tal mejoramiento moral.

Para Eduard von Hartmann el pesimismo no está en absoluto reñido con la moralidad. Más bien al contrario. Su pesimismo «eudemónico» incita a hacer oídos sordos a nuestro egoísmo, principal fuente de tentaciones para actuar en contra de los ideales morales de ayuda al prójimo y empatía con el dolor ajeno. Es en este sentido en el que nuestro autor logra congregar y emparentar el pesimismo de Schopenhauer con el optimismo en el progreso histórico que mantuvo Hegel. Schopenhauer tenía razón cuando hablaba de la tendencia del ser humano a causar dolor a sus semejantes a fuerza de vivir y bregar en la existencia, así como en la dificultad de alcanzar la felicidad, pero, por su parte, también Hegel estaba en lo cierto cuando manifestaba una gran fe en el progreso histórico. La historia, para Hartmann, se desarrolla justamente en el seno de esa lucha entre, digámoslo así, fuerzas schopenhauerianas y fuerzas hegelianas, entre la irracionalidad de la siempre voraz voluntad y la luz de la razón; entre los ímpetus del inconsciente y los impulsos conscientes. El lector podrá percibir claramente esta oposición gracias a la esclarecedora introducción de Manuel Pérez Cornejo. Pero, ahora, ya estamos en disposición de preguntarnos aquella punzante cuestión a la que nos aboca Eduard von Hartmann: «¿Qué cabría esperar?» y, en particular, ¿qué cabría esperar de este original pesimismo?

En primer lugar conviene poner sobre la mesa una constatación. Y es que todo gran pensamiento, así como todo gran avance científico, ha surgido por lo general a la luz (o mejor dicho, a la sombra) de grandes desastres. Tanto la incertidumbre como el mal efectivo nos ponen contra las

cuerdas y, al asumirlos, crean un aguijón que nos permite desarrollar un pensamiento activo y una acción comprometida, tanto con nosotros y nuestra vocación como con la sociedad. Una teleología de los fines que Hartmann acepta de buen grado: el mal nos alienta para tomar conciencia de la realidad e intentar llevarla a su mejora moral, política, social e individual. Al contrario, la dañina doctrina de la felicidad –así como los mencionados libros de autoayuda– niega el sufrimiento, el dolor y las consecuencias (a veces muy graves) de las grandes catástrofes, lo que tiende a dejar las cosas como están, acogiéndolas como inevitables y, por tanto, como insalvables desde cualquier punto de vista. El más dulzón optimismo no sólo edulcora la realidad, sino que la falsea, obligándonos a sentarnos y esperar confiados (pero siempre temerosos) en una bondadosa Providencia.

El pesimista hartmanniano, por el contrario, tiene siempre en cuenta todo cuanto ocurre a su alrededor, y por eso su pesimismo es, a la vez, un humanismo, pues se hace cargo de la desgracia, propia y ajena, para intentar, si no paliarla, sí al menos impedir su expansión. El pesimista cree en –y crea– empatía, al saberse partícipe de un mal común: como escribía nuestro Baltasar Gracián, a quien todos los pesimistas del XIX leyeron con atención, «gran presagio de miserias es el haber nacido». Mas no sólo en lo físico, sino también en lo psicológico y emocional, el pesimista conoce nuestro desamparo y la necesidad, en correspondencia, de encontrar un sentido a nuestra existencia. Ese sentido, por tanto, es una construcción, y no algo que pueda ser otorgado desde el Estado, la religión u otras instancias desde las que cómodamente podamos recibirlos y quedar colmados. El sentido es una construcción y, como tal, hay que luchar por alcanzarlo. En Von Hartmann, ese sentido cobra su apogeo al cobijar la esperanza de una mejora moral del ser